

DISCURSO DE RECEPCION

Por BALDOMERO SANÍN CANO

Al recibirse Fernando Brunetière en la Academia Francesa, tuvo por cosa original decir que hacía exclusión de toda manifestación de modestia, pues afirmar o sugerir no más que carecía de méritos para ocupar un puesto entre los inmortales era, en otras formas, poner en tela de juicio el sano criterio de quienes lo habían elegido. Olvidaba entonces el nuevo académico las visitas hechas a los demás colegas en solicitud de su voto para ingresar al augusto cuerpo. Acaso esta visita de súplica fuera uno de los méritos en que se fundaba el voto favorable de sus colegas, y en tal caso un rasgo de modestia no habría sentado mal en labios del favorecido. Me atrevo a decir esto, porque antes y después de Brunetière hubo y hay muchos franceses superiores a él por la inteligencia, por el saber, y no inferiores sin duda en la manera de expresarse, que no han vestido la casaca adornada con palmas verdes.

El socio de número a quien la bondad y la bella tolerancia de esta sabia institución colombiana le han abierto sus puertas en esta rara ocasión, no ha menester, para agradecer el honor de que se le hace objeto, poner en actividad la hermosa virtud de la modestia. Esta inseparable y segura compañera del mérito, supone en quien la posee cualidades manifiestas, cuyo dueño se esfuerza por tener ocultas, como el perfume y color de las violetas, el valor del soldado, la facilidad verbal del orador o del poeta. No teniendo méritos francos ni reservados, ni capacidad alguna que esconder, mi apelación a la modestia en este supremo trance de mi poco accidentada vida literaria, sería una manera falta de elegancia en el ejercicio de un defecto específicamente contrario a la modestia, que es la vanidad. Pero me queda una virtud, para ejercitar la cual no ha menester el favorecido poseer méritos de ninguna clase, una virtud que sienta lo mismo en los poderosos que en los humildes, en los ricos que en los desposeídos, en los sabios que en los ignorantes, en los felices que en los malaventurados. A tal virtud me acojo en esta tremenda alternativa, y expreso ante vosotros, señor director y señores académicos, con sinceridad y no sin el más vivo deseo de corresponder a vuestra benevolencia, mi acrecentada gratitud.

La modestia, por otra parte, quedaría mal colocada en esta descomunal ocasión, porque si he de hablar con franqueza, mi entrada

a la Academia Colombiana de la Lengua es debida casi exclusivamente a la bondad, y si pudiera decirlo, a la ingenuidad (quitándole a esta palabra hasta la sombra de significado ingrato) del ilustre académico, historiador probado, aplaudido y experto diplomático, narrador de altas dotes, don Laureano García Ortiz, honra de nuestra ciudad natal y espejo de los buenos colombianos. Una estrecha y antiquísima y probada amistad nos une, nos ha unido siempre, desde que tuve la inmerecida buena fortuna de conocerle. Le conocí mucho antes de que él me conociera, y le profesé admiración antes también de que el gran público se enterase, como se ha enterado más tarde, de que posee una grande y bien equipada inteligencia, una pluma llena de gracia finísima y un caudal de conocimientos que parece no pueden caber en su cuerpo de hada. El doctor García Ortiz, señoras y señores, es el responsable directo y primordial de la prueba cruelísima a que os veis sometidos esta noche, la terrible contingencia de tener que escuchar por un largo espacio de tiempo a un orador de muy escasas dotes, en un salón de tan pocas salidas.

Una tarde, si no marra mi ya decadente memoria, del mes de julio de 1933, don Laureano salía conmigo de la carrera sexta para caer sobre la calle décima. Así empezaban las novelas de grande espectáculo en los tiempos de Paul Féval y de Federico Soulié, que, entre paréntesis, nada tuvieron de académicos. Pasábamos frente a una agencia de servicios fúnebres, como dicen en Madrid y en Buenos Aires. El sitio parecía escogido con meditada anterioridad. En ese lugar y ese momento de una tarde excepcionalmente clara, de cielo abierto hacia el poniente, García Ortiz, con un aire de austeridad extraño a sus habituales apariencias, un aire de serenidad que hubiera puesto un saludable temor de las contingencias en quien le conociera menos que su amigo de la juventud, me dijo en voz grave y auspiciosa: "Vengo a comunicarle que me he comprometido por usted y a rogarle que no me deje plantado." Confieso que experimenté por unos momentos lo que hace cuarenta años se denominaba con el nombre de calofrío nuevo. A Laureano García Ortiz yo no podía dejarlo abandonado en un estrecho predicamento, y juzgaba que de una cosa grave había de tratarse cuando se escogía la vecindad, para comunicármela, de las agencias fúnebres. Me puso en cuenta de seguida, usando pocos rodeos, de cómo había empeñado su palabra de que yo aceptaría el nombramiento de académico, que a propuesta suya había hecho en mí la honorable sociedad de que él forma justamente parte conspicua. Confieso que recibí con cierta sensación de alivio la estupenda noticia. El lugar, la hora, la serenidad inacostumbrada, me habían hecho esperar algo de menos trascendencia, pero de terribles consecuencias personales. Debo darde las gracias públicamente a tan benévolo amigo y notable ingenio americano y a la corporación que, atendiendo a su generosa aunque temeraria iniciativa, ha querido llamarme a su seno.

*
* *

Refiere Georges Renard, profesor del Colegio de Francia, miembro del Instituto y autor de trabajos muy serios de filosofía y de ciencias sociales, refiere, digo, en uno de esos libros suyos de crítica literaria, fugaces como un meteoro y luminosos también como los bólidos, que hay un país del antiguo continente, sin duda vosotros, señoras y señores, habréis oído mencionarlo, si no lo habéis visitado, donde se había constituido una sociedad cuyos estatutos imponían a los componentes de ella las más extrañas, incómodas y aún bárbaras obligaciones.

Los socios de aquella extravagante compañía aceptaban, al entrar a formar parte de ella, la obligación singular de entregarse, después de muertos, a la sociedad dicha, para ser disecados minuciosamente y sin misericordia, en presencia de todos los compañeros, por uno de éstos, que a su turno se ofrecía para ser desollado vivo y analizado con crueldad sonreída y a veces con marcada ironía por un tercero, que en esa vez solía salir indemne. La nación donde tiene su domicilio legal esta sociedad aberrante, a que se refiere el profesor Renard, es el dulce país de Francia, y la sociedad se llama la Academia Francesa.

La mayor parte de las sociedades de este género siguen las huellas de la francesa con más o menos rigor, y esta ilustre Academia, dando ejemplo de cristiana conmiseración y de libertad de elección, deja a la voluntad del beneficiario hacer la autopsia de su antecesor o callarse; pero entiendo que la vivisección del primer cirujano se cumple de rigor ante un público numeroso y selecto para mayor tormento.

A pesar de la severidad y de la sangre fría con que se cumplen los ritos ya apuntados, estas sociedades caen bajo la censura del público con el título ya muy popularizado de asambleas de alabanzas mutuas. Bastaría detenerse con mirada espiritual desprevénida en la psicología de estas y semejantes instituciones, para comprender la injusticia del vituperio contenido en aquella designación. En las academias, en las juntas literarias hay clima y ambiente de cenáculos. Las personas que se reúnen a trabajar en esta clase de instituciones, o simplemente a comunicarse mutuamente las ideas y pensamientos sorprendidos en la contemplación filosófica o en la observación de la vida corriente, buscan, a su pesar, como el líquido en los vasos comunicantes, el mismo nivel. Si acaso no tienen ideas comunes, tienen todos una preocupación dominante, que es la de llenar cumplidamente los fines de la sociedad. Las reuniones frecuentes liman las anfractuosidades del carácter, de la inteligencia, del gusto. Los socios hablan de unos mismos temas, leen por lo general las mismas obras, cambian ideas sobre el mérito de novelistas, poetas y críticos de su conocimiento. Es natural que haya muchas semejanzas en el gusto literario y que se forme una escala de valores para juzgar las obras y los hombres del momento. Los miembros de estas asociaciones no

vienen aquí por su propia y sola voluntad. Quienes son acogidos cuentan con el beneplácito unánime de la asamblea o de la mayor parte de sus socios. Es natural, si se tienen presentes tales contingencias, que los socios se aprecien los unos a los otros, y que al respecto de sus trabajos las opiniones del grupo sean siempre favorables y en la ocasión elogiosas, porque es justamente basándose en el mérito de esas obras como se formó el criterio de quienes hallaron aceptable la presencia de un socio en las reuniones de la asamblea. No es necesario penetrar más hondo en el análisis del espíritu y las tendencias de estas sociedades, para deshacer el amargo reproche envuelto en el apodo de sociedad de elogios mutuos con que suele designárselas.

*
* *

Tócame ocupar en esta benemérita institución el sillón en que hubo de sentarse en vida don Carlos Calderón Reyes, de clara memoria para sus colegas y recordado con varia intención en los anales de la política y de la prensa colombianas. Vino Calderón a la capital como adolescente a buscar en la universidad de hace sesenta años la suma de conocimientos que le habilitaran para seguir una carrera profesional. Eran aquellos otros días, vivían otros hombres, se juzgaban las obras con distinto criterio. En provincias, la aspiración más noble de la estudiosa adolescencia era venir a ese centro de la sabiduría y del talento, a recibir la doctrina, la ciencia, el ejemplo de los profesores. Un ambiente de respeto a la tradición honorable de la sede primordial de los estudios profesionales llenaba el aire de los liceos preparatorios en los estados soberanos. Y se miraba el estudio como una vocación más bien que como un medio de llegar a mejores destinos o a conquistarse una posición en la sociedad. Ambiente admirable, clima benéfico de la inteligencia el que vivimos los jóvenes que en 1870 hasta 1880 dábamos toda nuestra actividad a la adquisición de conocimientos. Para nosotros el estudio era un fin en sí mismo, no un medio para fines ulteriores, como ha venido a ser más tarde. Reconozco que había un error de apreciación en nuestra manera de considerar el problema del estudio frente a las indeclinables exigencias de la vida moderna; pero era un noble error desinteresado, cuyas ingratas consecuencias podían lastimar el futuro del estudiante, sin dañar a los demás asociados. El estudio era una vocación, un noble empeño de enriquecer la inteligencia y amueblarla en forma adecuada para que recibiera con holgura y decoro el mayor número posible de ideas. La modesta y desinteresada vida de los profesores completaba aquel ambiente idílico de la enseñanza, al finalizar el tercer cuarto del siglo XIX en la capital de Colombia.

En esa época le tocó llegarse a Calderón a las aulas universitarias. Me dijeron amigos ya fenecidos que se distinguió como estudiante por la consagración al estudio, su facilidad de expresión en las clases, su memoria rápida y obediente al pensamiento. Procedía del entonces soberano Estado de Boyacá, región favorecida por el destino

de los pueblos con una serie no interrumpida de grandes talentos y habilidades políticas. Le favorecía además la naturaleza, que había colocado a la capital del Estado y a algunas de sus regiones más pobladas cerca de la capital de Colombia. Al paso que de Pasto, de Popayán, de Cali, de Medellín, de Cúcuta, sólo podían acercarse a la universidad los hijos de familias ricas o medianamente acomodadas, de Boyacá los adolescentes y los jóvenes amantes del estudio o de las letras podían hacer el camino hasta la Meca del saber con escasos recursos y sin poner entre ellos y sus familias esas vallas casi insalvables que eran las enhiestas cordilleras, tras de las cuales colocó el conquistador a Bogotá, para defenderla de piratas y filibusteros en los días inseguros de su primera y remota existencia. Fue además Boyacá teatro de batallas heroicas en la guerra de emancipación, y en su territorio se decidió con hechos épicos la libertad de Colombia, que hizo posible la libertad definitiva de otros muchos pueblos del continente. El nombre de ese estado era como un título de gloria, y sus hijos tuvieron siempre por ello y por reales prendas de carácter la simpatía de Colombia y de la capital.

Calderón trajo de Santa Rosa de Viterbo, solar de su familia, una vocación indomable al estudio, con una cierta amargura en el modo de interpretar la existencia, debida, según me lo confesaba él mismo, a la severidad de la educación religiosa recibida en sus primeros años, dominada y cubierta como por un toldo tenebroso, si se permite la comparación, con la idea de la muerte. De esa contemplación perpetua de la hora final nacían, de un lado, la más severa austeridad de costumbres, y de otro, una lobreguez insondable en la manera de interpretar la vida y de vivirla. La idea de la muerte y la noción del pecado señoreaban en la casa paterna del futuro legislador y ministro de estado todos los aspectos del vivir, y teñían de colores sombríos las avenidas de la existencia. Estoy casi repitiendo las mismas palabras de Calderón en sus interesantes confidencias. El sentía de adolescente la religión con una intensa vivacidad de emoción, cultivada con esmero por su familia y exaltada hasta el paroxismo por el ambiente. Hago memoria de que, comparando los recuerdos infantiles suyos con los míos propios, no podía menos de señalarles vivos contrastes. Para don Carlos adolescente, la aproximación de la Semana Santa era el anticipo fatídico de la meditación en la necesidad de hacer penitencia, de macerar el cuerpo, de ocupar las potencias del alma en el pensamiento de lo transitorio y penoso de los humanos destinos. La aproximación de la Santa Semana para los chicos de mi pueblo, educados en familias eminentemente piadosas, era una anticipación gratísima de días interesantes por la contemplación de imágenes bellamente vestidas, de simulacros y símbolos vistosos, de multitudes endomingadas, de templos adornados con distinción severa y profusamente iluminados; nos fascinaba la expectativa de enriquecer nuestros conocimientos, dejando endulzar el oído con la palabra sabia, la frase numerosa, el pensamiento digno, sagaz y oportunamente decorado de oradores traídos de lejos, para hacer más propio de las históricas recordaciones el recogimiento del pueblo. Es cier-

to que los simulacros sagrados, en sus excursiones al través de las calles soleadas, hormigueantes de unidades piadosas, traían a la memoria escenas de dolor y palabras de amargura; pero en la imaginación de los niños toda esa tristeza se desvanecía ante el secreto que todos nos comunicábamos alegremente de una pronta y segura resurrección. Con toda nuestra fe en las enseñanzas de la escuela, a pesar de las ideas del catecismo sobre el valle de lágrimas y las terribles consecuencias del pecado, nuestra actitud ante la naturaleza era inocentemente pagana. El ambiente de un valle risueño, florido casi todo el año, bañado en todas direcciones por aguas puras y diáfanas como el aire, la llanura siempre verde, que se abrazaba inocentemente con las colinas próximas y los montes lejanos, a la hora vespertina, bajo el oro luminoso del sol poniente y la complacencia de nubes opalinas, hacía nacer en nosotros la emoción del hombre primitivo, del pagano irreflexivo ante el espectáculo de la vida poderosa, regida por hados benignos.

El doctor Carlos Calderón era profundamente cristiano por temperamento. Sin duda admiraba el espectáculo de la belleza circundante, pero no podía eliminar de su conciencia a cada instante la noción del pecado. La tristeza de las enseñanzas primitivas quedó predominando en su espíritu. Fue siempre hombre de porte severo, de conversación grave, y en las luchas y empresas de su vida parecía como si la alegría estuviese descartada filosóficamente de su contextura mental. Le vi por primera vez en 1886, probablemente. Vestía traje negro, levita correctísima, adherida estrechamente al cuerpo, sombrero de copa alta. Andaba pausadamente y miraba hacia el suelo. Los caballeros usaban en Bogotá la misma indumentaria que don Carlos en aquellos tiempos; pero era indudable que el color, el corte, la longitud de esas prendas de vestir armonizaban en él de manera curiosa con su aspecto y sus ademanes. Uno podía representarse en la imaginación a muchos de sus contemporáneos, de chaqué, sombrero hongo y pantalones de fantasía; pero aunque don Carlos usara de estas prendas y de otras menos severas, quienes lo conocían de cerca o de lejos, siempre evocaban su imagen con el traje negro, correcto y colgante.

Fue un talento claro, rectilíneo y sin matices. En política, habiendo concebido y madurado un plan, se entregaba a su realización con fe de neófito y esperanzas de explorador. Empezó su vida pública en los momentos en que el prestigio de un gran político iniciaba en la república una transformación sustancial de ideas y de principios en la moral política y en los procedimientos administrativos. Calderón tomó esa corriente. Con él entró por ese rumbo parte florida de la juventud perteneciente a cierto partido político que en su mayoría desconfiaba de la predicación nueva y de los hombres que la encabezaban. En la vida pública de Calderón parecía prolongarse aquel concepto de melancólica expectativa que dominó su espíritu de adolescente, y acaso por esto fue hombre de grandes pasiones... en política. Sus adhesiones momentáneas o duraderas a ciertos hombres y a ciertas ideas tuvieron caracteres de culto esotérico. Sorpren-

día oírle hablar con fervor intransigente de las virtudes y el saber de hombres que a su espalda hacían mal recuerdo de sus hechos y de sus principios. Sus repugnancias desembocaban fácilmente en el odio. Sus aversiones personales hacen parte de la historia política de Colombia, entre 1886 y 1918. De joven aceptó como evangélicas las promesas del doctor Núñez, y tuvo por seguros los pronósticos de tan hábil político en los destinos de Colombia. Se entregó en cuerpo y alma al autor filosófico de la *Reforma política*. Creyó en él y en sus palabras con una firme convicción, y parece haberle sido leal hasta la muerte, que para Calderón y para otros jóvenes desprendidos del viejo tronco ideológico a que pertenecieron, fue causa de una sacudida emocional violenta y de una desorientación que duró algunos años. De otro lado, cultivó repugnancias que parecían orgánicas. A menudo se medía en la prensa y en la tribuna parlamentaria con Antonio José Restrepo, y el choque entre los dos entusiastas de otro tiempo por las mismas ideas tenía en la república repercusiones sísmicas. Eran oradores de diversas predilecciones. Calderón era ardiente, incisivo. Usaba de frases afiladas en un estilo vibrante y viejo. Su adversario temperamental se difundía en frases onduladas, de tendencia y formas que recordaban la novela picaresca, y tenía la sonrisa en el rostro, al paso que su contradictor no abandonaba el gesto de la más poderosa austeridad.

Cabe aquí talvez hacer algunas observaciones sobre su estilo de prosista, porque, a más de hábil orador parlamentario, fue don Carlos periodista, en el sentido de que usó de la hoja periódica para sostener sus ideas y tratar de poner malsanas las de sus oponentes. Tuvo la frase cálida y acerada de los grandes polemistas. Su estilo tenía reflejos de arma tajante cuando lo aplicaba a la lucha de principios; pero en su misma vehemencia iba su inherente flaqueza. Tener convicciones muy arraigadas no es siempre una garantía de fuerza en el razonamiento, ni de belleza en el estilo cuando se las defiende. Las convicciones impulsan, sostienen, fortalecen, pero también extravían y a menudo abandonan a sus defensores en la hora más cargada de consecuencias. Las convicciones son un grande apoyo del polemista cuando su dueño las profesa desinteresadamente; en cuanto median consideraciones extrañas a su valor moral, o simplemente a su fuerza dialéctica, cesa su cooperación como elemento de lucha. Acaso en el parlamento o en los estrados de la justicia, en la plaza pública y aún en la cátedra universitaria, la emoción comunicada con el gesto pueda auxiliar a una convicción y actuar con la fuerza de un razonamiento; para el lector desprevenido, juzgador en frío de los méritos de la palabra escrita, la convicción ardiente infunde sospecha y contra ella se pone en guardia. Hay muchos géneros de interés en la convicción, y el ser interesada no impide siempre que sea sincera. Ni es el interés material e inmediato el único de que debemos desconfiar cuando se presenta aliado a la convicción. Los altos y nobles intereses morales también pueden, por su excesiva influencia sobre las facultades intelectivas, torcer el discurso y lastimar las for-

mas de expresión. No niego que fascina todavía un Veuillot, con la casi milagrosa armonía entre el fervor de su pensamiento y la incomparable vehemencia de su estilo; pero fascinan más Montaigne, Renán, France, Addison, Bernard Shaw, Aldous Huxley, en cuya contextura de frase y de pensamiento parece advertir el lector esta reserva mental: "Lo que usted está leyendo es tan cierto, que la opinión contraria es perfectamente sostenible."

Más lució la inteligencia del señor Calderón en la tribuna parlamentaria que en la prensa, no obstante las cualidades de fuerza y de elasticidad que, como se ha dicho, tuvo su frase escrita. En la tribuna lucieron mejor sus dotes de polemista. Tuvo la palabra fácil, el sentido de la armonía en la frase hablada y una gran prontitud cerebral para sorprender el lado vulnerable en el discurso de su adversario. Usaba del sarcasmo con eficacia, sin llegar a los matices más sutiles de la ironía.

Su labor política le creó grandes enemistades, que parecía cultivar con arrojo antes que desviar con prácticas especiosas. Parecía hecho para las grandes luchas, pero su contextura nerviosa fue inferior a su voluntad de ataque. Al volver a su hogar, después de los tormentosos encuentros en el parlamento, su organismo parecía agotarse súbitamente, y a veces sobrevenían crisis inquietantes.

Sirvió altos cargos en la república. Fue Ministro de Estado en varias ocasiones, y dirigió alguna misión diplomática; era ministro de hacienda en tiempos del señor Marroquín, cuando se negoció la prórroga con la compañía francesa para la construcción del canal de panamá. El destino le hizo figurar en épocas demasiado agitadas, en años de prueba para las grandes inteligencias y las voluntades adamantinas. La historia de esos años está llena de tumbas donde se encierran grandes virtudes, claros talentos, cuyo ejercicio destruyó las armaduras corpóreas de hombres insignes.

Calderón fue una de esas víctimas. Perteneció a una familia cuyos miembros se distinguían por una apariencia de salud y fortaleza; pero era sólo apariencia. Don Carlos sobrevivió a la mayor parte de sus hermanos, entre los cuales hubo inteligencias dedicadas con brillantez a la política, al estudio de ciencias económicas, disciplinas en que también hizo don Carlos figura distinguida, a la milicia, a la medicina y a los negocios. Fueron segados casi todos por la hoz inclemente cuando apenas entraban en la edad madura. De don Carlos puede afirmarse que la política, obrando sobre un organismo demasiado excitable, agotó sus resortes prematuramente.

*

* *

Terminado el recuerdo que había de consagrar reglamentariamente a mi distinguido antecesor, voy a ocupar, señor director, por breves instantes la atención de la Academia y del auditorio que nos honra esta noche, con algunas consideraciones sobre el curso de las ideas y de las formas literarias en la época de la vida intelectual moderna en que está incrustada nuestra vida del espíritu. Voy a refe-

rirme a la fecunda y trascendental renovación de las ideas y las formas literarias que tuvo su origen en el último tercio del siglo XVIII y finalizó, según lo enseñan las historias de la literatura, a mediados del siglo XIX, pero que en rigor prolongó su existencia hasta mucho más tarde, no sin haber operado un cambio sustancial en el espíritu de las gentes. Ese movimiento fue desde sus comienzos una tentativa de emancipación, un acto de rebeldía inconsciente en algunos espíritus, premeditado y consciente en otros, una protesta contra las ideas y principios de que habían vivido hasta entonces las generaciones literarias.

Como se van a hacer en esta disertación consideraciones históricas, acaso no esté fuera de lugar señalar antes el límite de la historia en este género de estudios. La biografía señorea en estos momentos una extensa comarca del mundo literario; los literatos de vastas ambiciones ponen sus ojos en las grandes figuras humanas o inhumanas del pasado, por un sentimiento de pudor. Disecar el alma de Fouché, de Metternich o de Casanova, es como estudiar anatomía en el esqueleto de gentes fallecidas hace mucho tiempo, o en las preparaciones en yeso ofrecidas por los especialistas mediante los progresos de la geometría descriptiva. Pero colocar en la mesa de disección a los Fouché, los Metternich y los aspirantes a Casanova de la hora presente, ocasionaría tales protestas del público decoroso, que no sería posible dar a la prensa el resultado de tales investigaciones. Para estudiar al género humano, dijo Pope, se debe tomar al hombre como objeto de tal estudio. En efecto, en tiempo de Livio y de Tácito se podía emprender ese estudio sobre los antepasados para rematarlo con los contemporáneos. En nuestros días, la común decencia obliga a los aficionados a esa clase de estudios a detenerse en las horas finales del siglo pasado. Al tratar de fechas más recientes se corre el peligro de lastimar el pudor de las gentes. En nuestros días, Pope hubiera dicho: "Para estudiar el género humano importa conformarnos con observar a nuestros antepasados."

Entre los resultados plausibles del progreso señalados últimamente en los estudios psicológicos, debe contarse el anhelo que se ha desarrollado en el público lector por conocer minuciosamente las intimidades en la vida material de los grandes hombres y aún de los que no lo fueron en grado excepcional. Pero, como habrán visto quienes hayan recorrido con doble vista (la superficial y la trascendente), las biografías de más éxito en los últimos tiempos, no están entre las favorecidas por el público aquellas que se espacian con molesta prolijidad en el detalle mínimo y quieren decirnos lo que hizo su personaje en las horas útiles de cada día de su vida, sino las que reúnen una cierta cantidad de hechos externos para edificar sobre ellos la figura espiritual del héroe. Se esfuerzan también por señalar los nexos de su personaje con la vida promedial del momento y con el curso general de los sucesos, no sin observar si se acomodaron a ellos o si fue su vida una reacción continua o intermitente contra el medio en que actuaron. El arte de la biografía, según se practica en estos momentos, sin descuidar los hechos de donde arranca naturalmente todo trabajo de este género, se esfuerza principalmente por vitalizar su

personaje, representando en viva actuación las ideas de que fuera promovedor o intérprete.

La historia, la buena historia digna de atención y de fe, ha de ser, para provecho del lector y de los estudios históricos, la que sin descuidar los hechos pone a los hombres en el escenario de los hechos, o impulsándolos o creándolos (papel del genio y de los grandes conductores de hombres), o dejándose llevar por ellos con voluntad previsor. El hombre no obra como la máquina en cuya perfección se dice que trabajara Alberto Magno. Es su actividad material y espiritual el resultado de influencias externas, seguramente, pero también de su concepto general sobre la vida, de sus ideas y sentimientos, o de sus meros apetitos que, si predominan, hacen de él una criatura semejante a la bestia. Estimo que para el historiador debe tener más importancia el curso de las ideas que la sucesión de los hechos, sin descuidar desde luego actividades que influyen primordialmente sobre la vida espiritual del individuo. La Revolución Francesa, privada de su significado moral, quiero decir, de las ideas que le dieron vida y la sobrevivieron, no pasaría de ser un estallido de barbarie, una orgía de crímenes desprovistos de sentido, un eclipse total de la razón humana, y no han faltado moralistas e historiadores empeñados en representar con estos colores la transformación de 1789. Repito que los hechos tienen influencia fundamental en la vida real, y el historiador no debe ignorarlos, ni por afectada superioridad ni por negligencia; pero la historia que sólo narra los hechos deforma la vida general de la humanidad, que no es regida por los acontecimientos sino por las ideas. Todavía es preciso no olvidar que los hechos primordiales de la historia son obra del hombre, y que para llevarlos a efecto el hombre obedeció a una idea o fue movido por ella. Si no es tal la relación entre los hombres, los hechos, la vida y la historia, el hombre es un autómeta; los hechos, coincidencias o casos fortuitos; la vida una comedia sin principio ni fin, y la historia el recuento de sucesos, sin el hilo conductor de una conciencia. La historia ilumina los hechos con la antorcha de las ideas; se desentiende de los que no tienen significado frente a los principios, a las ideas dominantes, a los sentimientos y aspiraciones generales, para presentar en construcciones firmes, de una noble belleza espiritual, el espectáculo de la vida completa y simultánea, de las relaciones entre el hombre y los acontecimientos decisivos de significado permanente.

En este orden de razonamientos llego a la conclusión de que, no obstante la preocupación y el ejemplo de muchos espíritus avanzados y prominentes del siglo pasado, la historia no es una obra científica sino una obra de arte. La investigación de los hechos, la fijación de datas, el escudriñamiento de incidentes dudosos, es trabajo de ciencia, sin duda, en que la confrontación y análisis de los documentos ha de obedecer a principios rigurosos, como en las ciencias de observación; pero la narración escueta de los sucesos y su fijación precisa en el tiempo y en el espacio no es la historia toda. A más del espacio y del tiempo hay una dimensión suplementaria, que es la esfera de

las ideas, y la proyección de los hombres y los sucesos sobre su límpida y serena superficie es lo que constituye la historia. Desde el acceso al trono de Federico II hasta la muerte, digo la abdicación, de su remoto heredero Guillermo del mismo número, giraron alrededor de Prusia y de Austria multitud de reinos, principados y ducados más o menos independientes, conocidos en el plano de las generalizaciones con el nombre vago y cómodo de Alemania. Los acontecimientos triviales o de trascendencia en la historia de esos pueblos no cabían sino en la memoria de cronistas especiales o de aficionados a las genealogías de soberanos, o en los recuerdos vagos de gentes dadas a la importante ciencia de la heráldica. Los historiadores de esa época acaso relataban sucesos relacionados con la vida de aquellos soberanos a medias. Pero así como van pasando los días, nombres y hechos de aquellas comarcas van desapareciendo de los anales históricos. El gran Federico, con todas sus miserias y pequeñeces, vive en la historia, porque representa las ideas de su tiempo, la preocupación por las cosas del espíritu; su postrer sucesor es conocido de sus contemporáneos por la guerra en que tomó parte conspicua, y de esta guerra habrá testimonio en la historia porque plantó un hito de trascendental importancia en la transformación de las ideas porque ha de regirse el mundo.

En el lapso limitado en la historia por estos nombres, los sucesos históricos de que Alemania fue teatro son de menos importancia que las ideas de que fuera cuna. El hombre que no se dedique especialmente a los estudios históricos puede ignorar aquellos sucesos. Sin embargo, no le es dado ignorar a nadie lo que pasaba en esas comarcas, en aquel tiempo, en los reinos del espíritu. Allí cambiaba de aspecto el mundo intelectual y se transformaba el criterio de las gentes. Se puede ignorar quiénes eran los soberanos de las diversas comarcas semiindependientes en que estaba dividida la Alemania de mediados del siglo XVIII, hasta el año 70 del pasado; pero a nadie que tenga interés en el conocimiento de las vicisitudes del espíritu humano, le está permitido ignorar o desconocer el significado universal de nombres como Herder, Hamann, Lessing, Kant, Goethe, Schiller, Jean Paul, Heine, los Schlegel, Mörike, Lassalle, Wagner, Mommsen, Nietzsche. Cuando se evocan estos nombres, o tan sólo dos o tres de ellos, Alemania deja de ser una fórmula mnémónica, y su historia se ilumina con el esplendor de las ideas y de la vida espiritual más intensa. Se puede, repito, ignorar en absoluto la historia de los pequeños estados en que estaba dividida Alemania desde Federico hasta Bismarck, y desde la unidad alemana hasta hoy; pero si se conoce la obra de los poetas, dramaturgos, críticos, novelistas y filósofos mencionados, se conoce la historia de Alemania como en una revelación portentosa, hecha por espíritus selectos, sobre los más variados y recónditos aspectos de la vida espiritual del hombre.

La historia es obra representativa y por lo tanto es y debe ser obra de arte. No niego los méritos de la investigación científica en el campo de la historia; sobre esa investigación se han edificado los más bellos monumentos del arte en este género tres veces difícil entre los

géneros literarios. Entre la obra de arte histórica y la investigación que le sirve de base, corre la misma diferencia que entre la anatomía y la escultura estatuaria. El escultor ha de conocer a fondo, científicamente, la anatomía del cuerpo humano, mas no por eso su obra se ha de considerar como trabajo netamente científico. En las formas humanas representadas en el mármol ha de transparentarse un espíritu, ha de haber símbolos de emoción y de sentimientos expresados en las actitudes y gestos de la estatua. Además, con su voluntad o involuntariamente, el artista deja en su obra,

vers, marbre, onyx, émail,

una parte, la más efusiva y encantadora de su espíritu. También la historia ha de trasladar a sus páginas el alma de los tiempos descritos, reflejada en las ideas dominantes, en los principios universalmente seguidos, en las preocupaciones aceptadas o puestas en tela de juicio o abiertamente vilipendiadas por los contemporáneos. Y no obstante los vivos esfuerzos del historiador-artista por desempeñar su obra con grande y meditada imparcialidad, entre líneas quedará reflejada su sensibilidad, y en las alternativas del estilo la marea de sus emociones.

*
* *

En el cuadro histórico de las ideas apenas hay época, por la riqueza de sugerencias y de enseñanzas, comparable a aquella de que nos hablan las crónicas del pensamiento como iniciada en los mediados del siglo xviii y terminada en el año de 1848.

Para el común de las gentes no iniciadas en la vida de las ideas literarias, el movimiento a que estoy refiriéndome culmina en Víctor Hugo y está como si dijéramos simbolizado en su persona y formulado en cierta parte de su producción como novelista y poeta. Sin embargo, a pesar de su capacidad creadora extraordinaria, de su fantasía deslumbradora sin dejar de ser humana, de su potencia verbal avasalladora y rutilante, de su ilimitada habilidad en la acuñación de metáforas originales y a veces desconcertantes, en materia de ideas puede afirmarse que Hugo no aportó nada nuevo a la literatura de su tiempo. Se puede escribir la historia de ese movimiento inigualado en la evolución de las letras humanas y conocido con el nombre de romanticismo, sin dedicarle capítulo especial y análisis minucioso a la obra de Víctor Hugo. Esto no se dice con el objeto de disminuir en lo más mínimo los méritos de la obra del poeta. Se le parecen Swinburne y Carducci, que desempeñaron gran papel en las letras de Inglaterra y de Italia; y se puede escribir la historia del romanticismo en estos dos países sin mencionar a Swinburne, que fue un romántico tardío y una personalidad literaria insigne y tumultuosa, y sin mencionar a Carducci, que siendo un romántico sin saberlo, y usando de todos los procedimientos románticos para denunciar y proscribir ese ciclo de la literatura universal, llenó con su

nombre, con sus sabrosas controversias, con su poesía multánime, llena de vida, de armonías, de estrépito de cataratas y de suaves notas emocionales, medio siglo de la vida intelectual italiana.

En verdad se puede escribir la historia del romanticismo sin mencionar el nombre de Víctor Hugo, sin hacer la historia de su vida o el análisis de su obra poética; pero no podría llevarse a cabo la empresa de señalar las corrientes literarias que confluyeron en el movimiento no poco estrepitoso de 1830, conocido con el nombre de romanticismo francés, sin exponer menudamente las ideas y las formas que la civilización toda de Occidente le debe a Rousseau, por una parte, y a Goethe por la otra. El curioso y despreocupado lector de ambos autores, extraño a las sutilezas del análisis literario, se entretiene con la variedad de los aspectos que surgen de la lectura superficial de libros como la *Eloísa*, las *Confesiones*, el *Werther*, la *Ifigenia en Tauris*, y se pregunta si no hay en eso una abundancia casi desconcertante de contradicciones en la moral y en la filosofía, en la conducta y en la doctrina, aún en las formas y en las ideas. Un hombre que lleva a sus hijos a la inclusa, escribe tratados sobre la educación de los hijos, habla acerca de las excelencias de la amistad y del amor desinteresados, se liga de amistad con su benefactora, cambia esa relación por otra más íntima, aunque menos ideal, con la misma persona, y más tarde se olvida lánguidamente de su amiga, protectora y compañera, sin la más leve sombra de remordimiento. Pero ese hombre contradictorio, débil, enfermo de la manía de las persecuciones, llena tres siglos con su nombre, al par que sus obras, como un dulce filtro, penetran las regiones más sensibles del cerebro humano y modifican el rumbo del espíritu en partes fundamentales de su curso. De contradicciones también está llena la vida de Goethe, larga y fructuosa, complaciente consigo misma y abundante en enseñanzas para la posteridad. Goethe es apolíneo y dionisiaco, en lo cual realiza la suprema aspiración de la vida como obra de arte. Sintió y comunicó la dulce emoción del equilibrio de todas las potencias del alma, pero llegó por momentos a sentir la embriaguez de los entusiasmos sublimes; es burócrata hasta el servilismo, y a un mismo tiempo se da aires de dominador en las altas regiones del espíritu; tiene proclividades de aristócrata a pesar de su origen humilde, y se casa con el ama de llaves, después de haber recorrido la gama de las altas familias en sus relaciones más o menos equívocas; escribe el *Werther*, que es el catecismo de la pasión irrefrenable, y sirve de modelo en Europa a toda una rama de la cepa romántica, y luego crea la *Ifigenia* para afianzar sus nociones acerca de las formas clásicas; es patriota de acción y sentimientos, y cosmopolita de ideas, y anhela al entendimiento de todas las naciones europeas, cuyas diversas maneras de sentir y de expresarse abarca su hospitalaria inteligencia.

Las mismas contradicciones pueden apreciarse en la vida de Víctor Hugo, que moró (sin abarcarlo) dentro de varios horizontes, y cambió complacientemente de constelaciones políticas: fue monarquista y republicano, liberal y bonapartista, republicano moderado y

socialista a su manera. Fue clásico y se le puede llamar romántico. Definió estos conceptos, diciendo que lo clásico era Versalles y lo romántico la floresta virgen. Cantaba las excelencias de la vida doméstica, y habitaba un hogar silvestre, desde donde miraba rechinando los dientes lo que pasaba en el que había sido suyo. La diferencia de estas contradicciones del genio (Víctor Hugo lo era) consigo mismo es que en Rousseau y en Goethe las antítesis eran vitales, extrañas a las circunstancias personales y como impuestas en el curso alterno de la existencia, al paso que en Víctor Hugo la inestabilidad parece cosa, aunque sincera, netamente individual.

Con Rousseau y con Goethe nace la literatura moderna. De ellos arranca el movimiento impropio y vagamente denominado romántico. A la muerte de Víctor Hugo esa nueva forma de expresión del espíritu humano había soportado varias reacciones, pero no había desaparecido, acaso no pueda desaparecer, porque tuvo su origen en necesidades del espíritu humano, en anhelos de expresión hasta entonces insatisfechos, y en otras características que explicaré más adelante. Los enemigos del romanticismo en los últimos años tienen todos un rasgo común: son enemigos confesos de los regímenes de la libertad: Lasserer, Daudet, Maurras, Reynaud.

En opinión de algunos de estos contradictores, el romanticismo desvió de su curso natural al espíritu humano. Explican el fenómeno literario como una perversión de la inteligencia. Otros usan la palabra inversión dando a entender que la naturaleza humana sigue, por causa de la enseñanza romántica y de la infección de esas doctrinas en el curso de más de un siglo, vías enteramente contrarias a los postulados de la inteligencia. Todos están de acuerdo en que verdaderamente la especie humana, la inteligencia, la sensibilidad, la manera de entender la vida y de apreciar al hombre, sufrieron una transformación esencial que, por ser de esencia, no desaparecerá jamás. El mundo continuará siendo romántico, así como seguirá siendo cristiano, como tiene todavía en variadas formas de credulidad ágüeros y ritos de conformación y origen incontestablemente paganos.

Es curioso recordar algunas definiciones del romanticismo y algunos de los agravios con que sus detractores han querido anonadarlo. Thiers dijo que "el romanticismo es la comuna". Maurras le llama "una enfermedad de la mente francesa", y, por desgracia, se podría añadir incurable y terriblemente contagiosa. Lasserre es más franco y poco medido en el lenguaje: "corrupción integral de las partes elevadas de la naturaleza" llama sin atenuaciones al romanticismo. Lemaitre cayó en la cuenta, unos años antes que los nacionalistas franceses, de que "el romanticismo lo había alimentado de mentiras". Sería permitido apuntarle que la dieta parece indicada para llegar a escribir un francés adorable. Es casi prohibido citar a León Daudet; pero su propio caso de romanticismo tardío les presta autoridad a sus palabras, que son estas, entre otras muchas: "Del cerebro de los escritores románticos, la anarquía baja a la calle." Opinión que carece de originalidad, porque igual cosa se dijo de los moder-

nistas, de los simbolistas, del impresionismo y sus adeptos, de los futuristas y partidarios del verso libre. Un señor Seillière ha dado con los orígenes históricos, científicos y patológicos del imperialismo en sus navegaciones a lo largo de las corrientes literarias. Este es su famoso descubrimiento en tres palabras: «'Egoísmo patológico', 'misticismo conquistador' de formas variadas, 'veleidades' y, sobre todo, 'terminologías' racionales, tal nos parece ser la triple raíz de la moral romántica que es la del imperialismo instintivo e irracional».

He tratado de conservar el estilo, que no es seguramente el de los románticos mejores, como Rousseau, Chateaubriand, Michelet, Girardin. Llegar a los orígenes del imperialismo, siguiendo hacia arriba las aguas de la corriente romántica, es algo más que una inspiración, es el principio de una intrincada epopeya. Un abate moderno, de nombre Lecigne, la emprende con más calor que los laicos contra la abominable escuela romántica, y dice: "Ha corrompido hasta las medulas la generación de ayer, está en vía (¡1910!) de gangrenar los espíritus y los corazones, que son la reserva del porvenir." Debe de haber reservas para el pasado en una mente que le concede tan sorprendente y maligna actividad al romanticismo en 1910. De seguro, la literatura de principios del siglo no había devastado las energías del pueblo, que soportó con resignación y coraje insuperable las pruebas a que lo sometiera una política de fuerzas elementales en 1914. Conforme con las ideas populares, ese autor abomina de Víctor Hugo, a quien tiene por jefe y símbolo del romanticismo. Otro historiador de la literatura, el padre Longhayé, llama "charlatán solemne e ingenuo" al autor de los *Cuatro vientos del espíritu* y descubre que "ha carecido siempre del sentido de lo ridículo." Por último, Cocteau, en una graciosa paradoja, dice su admiración de poeta moderno ante la personalidad formidable y por su tamaño incoercible de Víctor Hugo. "Víctor Hugo, insinúa Cocteau, era un loco que se imaginaba que era Víctor Hugo."

He tomado al azar, de un curioso libro de Maurice Sourian, algunas de las anteriores opiniones sobre el significado literario, filosófico y moral del romanticismo, pero no las he agotado.

Voy a señalar el concepto vago, multiforme y descosido que la masa popular de los iletrados alimenta acerca del romanticismo. Diciendo iletrados no me refiero solamente a las gentes desprovistas de conocimientos elementales: quiero señalar con este término a una multitud de individuos aparentemente bien educados, cuyo caudal de ideas generales y de nociones acerca de la vida y la historia emanan de la lectura de diarios y novelas, de las conversaciones oídas en el club y de las noticias suministradas por el radio.

Las nociones populares acerca del romanticismo no son menos variadas que las de los hombres de letras, pero un tanto contradictorias. La joven lánguida de mirada desierta, mejillas sin color, cabelleira suelta y descuidada, era la joven romántica de hace setenta años. Mesonero Romanos dio en una viñeta superficial, no exenta de gracia madrileña, la gracia madrileña usual del año 30, un boceto en es-

corzo violento de lo que en España tomaban por romanticismo los literatos reducidos a un común denominador. El romántico era un sujeto vestido de negro, pálido, ojoso, que no usaba guantes, ni reloj, ni palabras corrientes; comía poco, leía mucho, hacía versos tétricos y, como don Quijote, tomaba a las criadas gallegas por princesas encantadas.

En otras regiones de la inteligencia popular es romántico el hombre aficionado a la exageración, de discurso abundante en superlativos, de cuerpo musculoso, voz estentórea y convicciones de torero; imagen falsa que se contrapone a otra también romántica, del tipo que habla en voz baja, mide sus palabras, en busca de las menos inteligibles, y lee filósofos de nombres inverosímiles. Es romántico el hombre que sueña con proyectos financieros complicados o fabulosos, para hacer ricos a los representantes de toda una generación, y lo es también, por anticuado y meticuloso y enemigo del progreso, el que guarda su dinero bajo llaves y no cree en la Bolsa, ni en los bancos, ni en el presidente Roosevelt.

En Europa se valieron del trópico para definir los aspectos más superficiales y ruidosos del romanticismo. No faltaban razones. La novela de Saint-Pierre, uno de los modelos o diagramas de ese género literario en las nuevas tendencias, pasaba en el trópico. Chateaubriand no llegó al trópico, pero, necesitando de un paisaje exótico, buscó el escenario de sus novelas en la inverosimilitud de la joven América. Hizo viaje a Oriente para recibir la influencia más cercana del trópico, y allá fue Lamartine con los mismos anhelos literarios; Lamartine, que escogió para su novela más sentimental el sur de Italia, paisaje de zona tórrida, como ningún otro, en los días y en las noches que caen bajo la influencia del Can Mayor. Byron es el trópico, aunque no lo conociera en su plenitud opresiva y adormecedora del valle del Magdalena o de las bocas del Orinoco. En Byron aprendieron nuestros poetas americanos de mediados del siglo a descubrir el trópico. Y en Wordsworth, ¿quién lo creyera? la descripción de la floresta sobrepasa en las cualidades de expresión, abundancia y retórica pomposa, a cuanto se ha convenido en hacer figurar como cualidades esenciales de la sensibilidad tropical. Gregorio Gutiérrez González fue romántico, traductor de Víctor Hugo y hombre del trópico. Su *Memoria sobre el cultivo del maíz* es de color y sabor virgilianos, en comparación con las exhalaciones de alma de tantos poetas románticos nacidos en la zona templada.

Las inteligencias del trópico, los escritores de estas latitudes, se empeñan y se han empeñado siempre en propagar la falsa opinión prevaleciente sobre las cualidades de la literatura tropical. Hemos querido ignorar en la zona del sol, que poetas excesivos, prosadores pomposos, escritores incapaces de circunscribirse dentro de los límites de la realidad, los hay en todas las latitudes del planeta, para contento de imaginaciones inquietas. Y los escritores del trópico, lejos de rectificar tales conceptos, se empeñan en usar la palabra con el significado ingrato, desdeñoso, de que la han cargado los habitan-

tes de otras comarcas que apenas nos conocen de nombre. Ya en el sur de América la palabra "tropical" es usada en sentido burlesco, amargo o de señalado vituperio, y en términos de estética el vocablo representa la escala más baja de los valores literarios. No importa que Byron, Chateaubriand, Lamartine, Wordsworth, Musset, Gautier, Víctor Hugo, el mismo Baudelaire, hayan sido tropicales en su formas literarias: se puede admirarlos sin reserva y sin perder el derecho de vituperar las mismas formas, cuando aparecen en hombres del trópico. Sin contar con que la reacción contra las formas excesivas en la expresión del sentimiento es tan americana como europea: Gutiérrez Nájera y Silva, en su calidad de precursores de un movimiento, se caracterizan por su aversión a los excesos de forma y por la atención desvelada con que se observan a sí mismos en el uso de los vocablos y en la composición de las metáforas.

Hemos visto lo que no es la revolución de los espíritus originada en la Europa prerrevolucionaria del siglo XVIII; veamos si es posible circunscribir el significado de esa renovación literaria, señalando algunos de sus caracteres específicos. Pero antes de fijarlo en su carácter psicológico, importa fijarle su puesto en el tiempo y en el espacio. Ya se ha hecho alusión al error consistente en tomar las estrepitosas manifestaciones de 1830 en Francia por el nacimiento de la renovación romántica. Esta corriente surgió como copioso manantial en los días en que Rousseau, Diderot, Voltaire, D'Alembert, Herder, Lessing y otros invertían con sus obras el significado de los valores morales y estéticos de que se alimentaba la Europa clásica y absolutista; pero de todos esos hombres, el que traía en su espíritu los gérmenes más virulentos de renovación fue Juan Jacobo, no tanto por sus ideas, sino por la forma de su sensibilidad. Estaba constituido de tal modo, que la naturaleza, principalmente, y los hombres en menor grado, le impresionaban de manera enfermiza. Era, en efecto, una naturaleza de carácter morbozo, un hombre enfermo de sensibilidad. Los especialistas de nuestros días han estudiado las obras y la biografía del pastor saboyano para fundar sobre ellas la teoría de que el desventurado autor de las *Confesiones* era víctima de un delirio marcado de las persecuciones. El sentimiento moderno de la naturaleza, la aptitud del espíritu humano para difundirse en el paisaje y comunicarle vida emocional, aparece con caracteres definidos e inteligibles para el mayor número en los libros de Rousseau, marcadamente en sus *Confesiones* y en las *Fantasías de un solitario paseante*. Es preciso insistir en esta singularidad del grande hombre, porque ninguna de sus actitudes y aptitudes espirituales ejerció tan señalado influjo en el arte de la posteridad como ese rasgo de su inteligencia. No solamente la literatura vio abrirse nuevos horizontes en los dominios de la fantasía y de las sensaciones, sino que, a un mismo tiempo, la pintura y la música, la estatuaria misma, se enriquecieron en grande escala. El árbol, las nubes, el torrente, la montaña, parece que hubieran recibido vitalidad propia, valor estético desconocido hasta entonces.

De iguales sentimientos, aunque expresados en estilo de más en-frenada sensibilidad, están compuestas las obras de Goethe, escritas en la misma época y publicadas antes que aparecieran las *Confesio-nes* y las *Fantasías*.

El *Werther* parece hoy una cosa natural y talvez demasiado inge-nua. Importa no olvidar, para juzgarlo, que hasta entonces no se es-cribían novelas en esa forma. El *Werther* representa una innovación abrupta en el arte de la narración. En este libro de Goethe y en sus viajes a Suiza, asoma en la literatura alemana el sentimiento moder-no de la naturaleza. Hay en la novela la tendencia a armonizar los as-pectos del mundo de las formas con el estado de espíritu de los per-sonajes, y en el libro de viajes la naturaleza ofrece el caudal de sus formas para que el peregrino abstraiga de ellas las vicisitudes de su alma.

El descubrimiento de la personalidad humana y su análisis en la novela, en la poesía, en el drama, es otro, y seguramente no el menor de los aportes de la renovación que estudiamos. Dicho así, en forma tan sencilla, suscita este concepto la duda o la sonrisa de los no iniciados. ¡Descubrir al individuo los románticos, después de haber si-do escritas las comedias de Molière, los dramas de Corneille, toda la obra de los dramaturgos españoles, las tragedias y comedias de Sha-kespeare! Los románticos se volvieron hacia Shakespeare y Calderón, en donde hallaron algo de la manera en que ellos querían represen-tar la personalidad humana; pero la diferencia sustancial entre los clásicos y los románticos, según la ha cifrado un crítico inglés de nuestros días, es que los unos delineaban tipos y los otros describían caracteres. La antigüedad conocía hombres. La literatura y el arte del Renacimiento descubrieron al hombre; los novelistas y poetas de la edad moderna descubrieron el *yo*, una entidad odiosa para los litera-tos y pensadores del siglo xvii. Los románticos, ya se ha visto cómo y con qué objeto, descubrieron la naturaleza. La reacción contra el movimiento romántico, dirigida por los impasibles parnasianos y por los impersonales naturalistas en época posterior, trae en su seno el vi-rus romántico que hacía posible sentir la naturaleza con nervios de hombre moderno. El parnasiano pretende suprimir la emoción y no logra siquiera esconderla; por fortuna, pues la literatura privada de emociones es como el álgebra privada de sus signos.

Los románticos, luchando por las prerrogativas de la personali-dad y por el derecho del *yo* a presentarse en las obras de imagina-ción, crearon un movimiento de reacción contra los cánones literarios en boga hasta esos momentos. De aquí nació la actitud de rebeldía contra el principio de autoridad en todas sus formas, rebeldía que hizo parte de las iniciativas románticas en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en España, en los países escandinavos, en Rusia y en Amé-rica. El suceso político de mayor trascendencia en la historia huma-na de tres siglos, la independencia de las Colonias españolas de Amé-rica, fue uno de los lejanos contragolpes de la sacudida romántica en Europa.

Un renacimiento del sentido de lo maravilloso es otra de las características del romanticismo. El hombre de ideas y de aspiraciones extrañas a las llanezas de la vida diaria pretendió sondear espacios de su propia naturaleza en que residía el sentido de lo maravilloso, y volver al mismo tiempo la mirada hacia regiones inexploradas hasta entonces por la literatura.

Para sorprender los variados aspectos de la naturaleza y para describir la intensa vida interior propia, o de sus personajes, los hombres de la renovación literaria del 700 habían menester rebelarse contra la retórica de su siglo, según la cual era prohibido servirse de los términos demasiado concretos. Lo clásico venía siendo lo impreciso.

Del desconocimiento de las reglas y de los principios sustentados por la retórica del pasado, emana la voluntad de modelar nuevas formas. No solamente el romanticismo rompió con las ideas antiguas y quiso reemplazarlas con nuevas maneras de entender el arte y la vida, sino también con las formas. Se enriqueció la métrica. Mudóse el aspecto de la prosa. Los poetas descubrieron armonías nuevas, descubrieron los antiguos modelos y trataron de acordar las medidas del verso con las emociones por él expresadas.

El hombre anterior a los románticos franceses de la primera época, y los literatos alemanes del período denominado de la *Ilustración*, confiaban en la razón exclusivamente para afrontar la solución de todos los problemas vitales. El hombre era un ente de razón, y a la facultad predominante de la mente humana se había de apelar para explicar la propia vida, para crear la obra de arte, para enfrenar o suprimir las tendencias a explicar en símbolos algo de lo suprasensible. El romanticismo creó la nueva tendencia a reemplazar en parte la razón y a dar en las artes a la sensibilidad y a la imaginación preponderancia sobre las facultades razonadoras. De Rousseau a Jorge Sand, "persona sensible" era el mejor elogio que pudiera hacerse del ente social.

De este fervoroso tumulto de las mentes en la provincia de la poesía y del arte nacieron nuevas ideas políticas sobre ciencia constitucional, se hizo más noble el patriotismo, surgió con nueva luz el principio de las nacionalidades. En la historia se crearon nuevos métodos, y la vida del pueblo, de las clases medias, empezó a ganar importancia como factor de transformaciones en la vida del Estado. La vida de los reyes y las intrigas de las cortes dejaron de ser el centro de la historia. Un precioso libro acerca de la historia de Inglaterra, por Green, sorprendió a las gentes con el título atrevido, todavía en 1874, de *Historia del pueblo inglés*. Investigando las literaturas antiguas, tratando de buscar en la Edad Media, en las crónicas del mundo gótico, en el simbolismo cristiano, en Shakespeare, en los dramaturgos españoles, en los poemas y leyendas de la más remota antigüedad, temas para sus narraciones, imágenes olvidadas y rasgos ingenuos de poesía verdaderamente popular, los románticos crearon el interés por el estudio de las lenguas y literaturas extranjeras. De sus anhelos de conocimiento y de expansión del espíritu brotó, como una ciencia nue-

va llena de encantos, de sorpresas y de esperanzas, la filología comparada, a quien deben servicios y datos valiosísimos la sicología de los pueblos, la historia y la antropología.

Esta curiosidad insaciable y desvelada de los románticos no dejó de atraerles enemigos y suscitar pedregosas resistencias. La introducción de la ideología cristiana y de los símbolos y dogmas de la religión en el acervo de la poesía y la elocuencia, suscitó rebeldías de paganos impenitentes y de libres pensadores que con tal actitud empezaban a dejar de serlo. Manzoni, en Italia, fue de los primeros en dar el ejemplo de introducir en la poesía los símbolos de la fe cristiana, y aunque tuvo tantos impugnadores como secuaces, sus grandes talentos, como su sinceridad de artista, el celo del escritor descontento de sí mismo, sobreviven en algunas de sus obras poéticas y en una de las novelas más apasionantes y más humanas de la moderna literatura.

También fue materia de graves y un tanto superfluas controversias la introducción del lenguaje popular en la alta poesía y en la prosa de nobles pretensiones. La disputa no llegó a su término entre los doctos; pero, mientras ellos debatían en el apariencia complicado tema, el lenguaje popular, rico, fecundo, ya maduro, subió a las dignidades de la retórica, y hoy no se hace diferencia entre el lenguaje popular y el otro, sino entre el uso apropiado de los vocablos para la claridad del pensamiento y la pedantería de los que buscan en los diccionarios palabras sin valor ninguno en la mente de los lectores.

Sería interminable si pretendiera describir todas las ramificaciones de la escuela romántica, todas sus virtudes y vicios. Este incomparable movimiento de los espíritus asumió formas distintas en las varias naciones, de acuerdo con los caracteres del tipo dominante y según el momento histórico en que empezó a desenvolverse. En Alemania fue principalmente de reacción contra el espíritu de *Ilustración*, contra Herder, Lessing, Hamann; contra Schiller, cuya obra de juventud fue de un vivo y despreocupado carácter romántico; contra Goethe, en cuya larga vida hubo espacio para darle impulso fundamental al romanticismo, dirigir más tarde la reacción neoclásica y crear el estado de espíritu que los filósofos del día han bautizado con el nombre de fáustico. Herder fue el Rousseau de los alemanes, alma absorbida por una curiosidad insaciable y servida por una de las inteligencias más perspicaces. Su curiosidad y su talento de investigador les ofrecieron a los nuevos poetas de Alemania un inagotable caudal de inspiración en las colecciones de cantos populares, recogidas en los pueblos de Europa. Fue un talento de vasta capacidad generalizadora, y como se había apoderado de todo el saber de su siglo, diseñó una historia de las ideas del género humano, para compendiar los sentimientos humanitarios y cosmopolitas de que estaba imbuido y que hallaron eco en sus contemporáneos. Goethe y Schiller siguieron sus consejos. Las nuevas generaciones de poetas buscaban en sus libros inspiración y rumbos. Fue, como Rousseau, un atormentado por las vicisitudes de la vida, y era en el fondo un espíritu bondadoso, a

quien las contrariedades y peripecias personales y la malignidad de los tiempos le habían amargado el carácter. Rompía con sus amigos súbitamente y sin causa plausible, variaba de residencia muy a menudo y sin motivos; careció de fortaleza contra los embates de la fortuna y, como Rousseau, se creyó un perseguido. En algo fundamental no se pareció a su contemporáneo de Ginebra. Fue grande escritor en prosa, pero su claro, sabio y mesurado estilo careció de las virtudes comunicativas, del prestigio diabólico y la dulzura penetrante de Juan Jacobo. Si Rousseau fue el poeta en prosa de una nueva sensibilidad, Herder fue su filósofo. Es suyo este consejo: "Menos adjetivos; cultívennos el verbo."

En un breve discurso no hay espacio para citar obras y hacer la sicología de los autores que caracterizaron una época tan rica de ideas, tan llena de sucesos en los dominios del espíritu, tan asombrosa por las creaciones de la fantasía. Antes de terminar, quiero repetir cómo el movimiento francés de 1830, a pesar de su valor pintoresco y de las obras maestras a que dio origen en la novela, el drama, la poesía, la crítica, no puede considerarse como el momento característico de aquella transformación histórica en la perspectiva de las letras humanas. El primer impulso consciente de esa tendencia provino de Alemania. Importa insistir en la palabra consciente, porque los hombres que en Francia preparaban la renovación de las ideas en todas las actividades de la vida, acaso no pensaron en la dilatada influencia que su acción iba a tener en la literatura. Rousseau seguramente no tuvo ni sospecha de lo que iba a significar su obra en la evolución de los géneros literarios.

A principios del siglo pasado, cuando en Alemania estaba en su apogeo la agitación romántica, empezaba a determinarse en Francia el movimiento, mediante la predicación de la señora Staël, mensajera por su propia iniciativa de los literatos alemanes. En ese momento, sea influídos por la predicación de la hija de Necker, sea porque hubiese llegado la plenitud de los tiempos, se inició en Francia una renovación literaria y surgieron talentos de primer orden. De entonces datan las primeras obras de Chateaubriand. A esa época pertenece la formación intelectual de Stendhal, de Benjamín Constant, de Senancour.

La epeyeya napoleónica y la restauración de los Borbones obraron como un freno para la agitación romántica, sospechosa por sus amagos de liberación, aunque no fuera sino en las esferas de las formas literarias. Dos hombres que en la historia del pensamiento humano pueden compararse a Voltaire y a Rousseau, como se comparan en matemáticas las cantidades con sus inversas, provocaron la reacción, la dirigieron con grande inteligencia y acaso hubieran ahogado el movimiento, si en materia de renovaciones ideológicas eso fuera posible. José de Maistre y el vizconde de Bonald, polemistas valerosos, razonadores que pretendieron hacer plausible el absurdo, no pudieron, con todo su talento, ahogar los anhelos de libertad que apuntaban en todas las formas de vida y muy señaladamente en política

y literatura; pero lograron, ayudados de los gobiernos, disminuir la velocidad del movimiento, que en 1830 volvió a recobrar la velocidad inicial. Este es el significado preciso de aquellas jornadas inolvidables.

Por ser Francia en aquellos días el centro de la vida espiritual del mundo y la maestra reconocida de las gentes, la presentación de *Hernani* sirvió de vehículo a las ideas de la nueva escuela, que se difundieron a los cuatro vientos. El mundo recibió de Francia el nuevo mensaje; pero, en efecto, cuando estalló el movimiento de 1830 ya había fallecido Byron, había muerto Lermontov, se había publicado la famosa novela de Manzoni, con el título de *Los novios*, y eran ya historia antigua el *Werther* y la estupenda superchería de Macpherson, que le hizo creer a Europa en los poemas de Ossian.

Desde entonces, el romanticismo vive como una manera recóndita de ser en el espíritu humano. Ha sido violentamente combatido, vilipendiado por historiadores superficiales, desconocido, enterrado vivo, objeto de reacciones apasionadas, de estudios minuciosos y profundos, sin que el ataque, la alabanza, la burla o el aparente desdén hayan logrado desvirtuar su naturaleza. Sobrevive a las catástrofes materiales y asiste a las luchas tremendas de la inteligencia, sin cambiar su rumbo ni menoscabar sus precedentes. Todavía tiene impugnadores temerarios al lado de tímidos defensores. Quiénes lo tachan de haber pervertido no solamente la razón, sino los sentimientos humanos; para otros no es una perversión sino una reversión del instinto hacia periodos tenebrosos de la civilización; en rigor, se le podría definir diciendo que es una conversión, como se dice en habla de soldados, un giro hacia regiones menos conocidas del espíritu y de la sensibilidad.

Una prueba indestructible de su carácter profundamente humano y de que tiene hondas raíces en la organización intelectual del hombre, es que sus conquistas permanecen, y que, al través de los años, su visión del mundo todavía forma parte de nuestras adquisiciones mentales. La innovación parnasiana, el naturalismo zolaico, el sicologismo de Bourget y de sus lánguidos secuaces, el verismo italiano, el expresionismo, el futurismo, llegan, alcanzan polémicas, crean cenáculos, educan comparsas, provocan censuras y pasan como las flores, o duran como las estatuas, pero no modifican la conciencia humana. Es más todavía: los jefes de las nuevas escuelas no pueden desprenderse de la herencia romántica. Zola pretende hacer obra de ciencia en sus trabajos de imaginación, y por debajo de la estructura aparentemente realista de sus novelas, en el estilo jadeante y trémulo, se perciben las deficiencias de la escuela romántica. Barrès parodia el romanticismo alemán en su *Cultura del yo*; Carducci quiere ser pagano en su obra, volver al concepto sereno de la vida, que se atribuye a los autores clásicos, y en las partes más bellas de su obra surge el apasionado romántico en himnos a la libertad de la conciencia humana, y en frescos idilios campesinos en que la naturaleza se personifica, como en las obras de los grandes próceres de 1830. *La gigante*

y *El caballo muerto* de Baudelaire, reaccionario tenaz y convencido contra el espíritu de sus antecesores, no se habrían escrito a no haber existido antes la temeraria innovación de los románticos. Solamente que Baudelaire es romántico invertido.

Durante la guerra de 1914, los soldados, en su vida de cavernícolas, los estados mayores, la prensa de cien ojos y de muchas lenguas, inventaron eufemismos para consolarse a sí mismos y para consolar a las gentes de su penosa y lamentable situación, no sin ocultar a medias la malignidad de los tiempos. Un general atacado en sus posiciones de improviso, por fuerzas mayores y obligado a abandonarlas con alguna precipitación después de recio combate, se consolaba de su desventura informando al estado mayor que, como resultado del combate, había perdido contacto con el enemigo. Me viene a la memoria el útil eufemismo de una época luctuosa, para prevenir a las nuevas generaciones literarias contra la creencia errónea y aparentemente muy arraigada en ellas, de que han perdido contacto con el romanticismo. El romanticismo forma ya una parte del espíritu humano. Si se pudiera estudiar el cerebro del hombre, como se analizan las diversas capas de un corte geológico, el observador distinguiría tres marcadas estratificaciones en la masa encefálica del hombre moderno: la región del hombre de la naturaleza, del pagano que vive y se agita en nosotros, al través de los siglos; el estrato cristiano permanente, sacudido en partes, como los terrenos volcánicos, y como ellos resistente y feraz y por encima de estas capas sólidas y milenarias, el aluvión romántico, de formación reciente, entrecortado, desigual, susceptible de cambios, de hundimientos, de grandes soluciones de continuidad, pero nuevo siempre y lleno de los gérmenes del futuro.

RESPUESTA A BALDOMERO SANIN CANO

Por LAUREANO GARCÍA ORTIZ

Señores académicos, señoras y señores, ilustre y querido colega:

Esta hija mayor americana de la antigua Real Academia Española, inscribe hoy con regocijo en sus anales vuestro claro nombre, entre otros que sonaron o suenan eminentes en el dilatado imperio —en el tiempo y en el espacio— de la lengua castellana.

Debe repetirse, porque todo se olvida: la primera Academia de la Lengua, filial de la Española, en la América Latina, fue la Colombiana, en virtud del mensaje maternal que de allá trajo nuestro noble e inolvidable don José María Vergara y Vergara. En España encontraron entonces, y en los tiempos posteriores pudieron confirmarlo, que aquel Nuevo Reino de Granada, después República de Colombia, era suelo propicio para el buen lenguaje, para el cultivo de las bellas letras y para las soberanas labores del espíritu; que para tales